



PIED À TERRE

THE ART OF HOSPITALITY



CUENTO:

DUNIA

AUTOR:

LÓPEZ MORENO MARCELA

- **A** esta mirada infinita le tomó un segundo conquistar al mundo del arte y a la gente. -
Escuchó Carles Foucault, volteó hacia la imagen que el presentador mostraba entusiasmado a todos los presentes: la primera fotografía con su sello, la favorita, la que décadas atrás había impulsado su carrera, la que ahora en su vejez le regalaba otro éxito y razones para seguir andando lejos y fuerte.

-Gran trayectoria- decían sobre él. "Gran obsesión" corregía el fotógrafo para sí mismo.

-La historia detrás del instante. ¿Qué hizo el artista para extraer el arcano que perpetuó la expresión ancestral de este momento? -continuó la semblanza.

El homenajeado en plena galería y sobre un pedestal que pensaba inmerecido, sintió el viento del desierto sirio cortando la joven piel de sus mejillas. La suerte, la enfermedad repentina de un colega y la excelente paga lo pusieron en ese inaudito campamento asentado en un lejano y peligroso paraje del planeta. Un mes convivió con científicos y geólogos, estudiosos incansables de piedras y colinas sorprendentes, delineadas en una lava antigua, expulsada mucho antes de que unos pies humanos pisaran este suelo.

Carles había sido contratado para fotografiar un rompecabezas sacado de las entrañas de la tierra; así se inclinó por vez primera ante el secreto de la vida y su misterio, inspirado quizás por aquel paisaje terracota, interminable y bello. No sabía aún que todas sus preguntas y todas sus respuestas convergerían en el mismo espejo que habría de delatarle el principio y el fin de la existencia.

En uno de esos días extremos de carpas, mapas, picos, viento, asombro y arena mezclada con los sueños, de entre las rocas surgió la caravana. Un cruce inesperado de caminos cimentó el destino del joven Foucault en ese encuentro. Él se acercó instintivo y ella se detuvo ante la cámara que apuntaba sin pudor hacia su rostro férreo. El lente irrumpió en la desnudez de aquellos ojos y se escribió en dorado el nombre de quién sería fotógrafo de rostros siempre.

- Dunia, como el artista llamó a esta mujer, - expresó el curador de la galería- nos observa en ámbar y revela, sin saberlo, la sed de los milenios. -

Aplausos, copas, semblantes humanos capturados en decenas de instantáneas vestían las pantallas del recinto enmarcado entre cristales y famosos rascacielos; Carles se fijó más allá de los vidrios que repetían la eterna partida del sol y el paso firme de Dunia hacia las olas de una arena vieja. Él, perdiéndola de vista, grabándola en su mente. Ella, sin girar la cara sin volver atrás.

La “Mona Lisa del desierto”-como algunos le llamaron- vistió portadas de revistas, otorgó premios, despertó toda clase de debates, abrió puertas inimaginables, convirtió a Carles Foucault en peregrino y a ella en un enigma intangible suspendido en el tiempo. Él firmó contratos, su andar abarcó los continentes, puertos de embarque, lugares de paso de migrantes, desplazados por el hambre o por las guerras. Ninguna fotografía lo había dejado nunca satisfecho. Comprendió que cada geografía sobre la Tierra era propicia para expresar lo que su arte demandaba. Y se mudó entonces con su lente vagabundo hasta Las Ramblas, la Toscana, los Andes y a las plazas.

Terminó la celebración en su honor y Carles Foucault dejó al fin la galería para asistir otra vez a la más íntima, la más privada de sus fiestas por las calles de la Ciudad de México, Jerusalén, Nueva York, Toledo, Tulum o Buenos Aires; se fundió de nuevo con los rincones del mundo y su cámara siguió encontrando los ojos de Dunia, los ojos profundos del que vive de paso, del viajero incansable, el caminante...